Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

VII Jornada por la Vida 2008

Vigilia por la Vida

5 de abril de 2008

Queridos hermanos:

La humanidad debe cuidar y favorecer la vida humana, que no puede considerarse como una mercancía «*con la que se comercia y se manipula al propio gusto*», en palabras de Juan Pablo II. Ante el eclipse del valor de la vida, este papa escribía: «*Esto hace pensar espontáneamente en las tendencias actuales de ausencia de responsabilidad del hombre hacia sus semejantes, cuyos síntomas son, entre otros, la falta de solidaridad con los miembros más débiles de la sociedad —es decir, ancianos, enfermos, inmigrantes y niños— y la indiferencia que con frecuencia se observa en la relación entre los pueblos, incluso cuando están en juego valores fundamentales tales como la supervivencia, la paz y la libertad*» (Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 8).

La temática de la vida no se circunscribe al problema del aborto, aunque las cifras del pasado año 2007 en España son aterradoras y nos dejan un tanto estupefactos. Pero es necesario ser lúcidos. No basta con rechazar enfadados que la vida humana concebida sea una simple agrupación de células. Siempre me ha parecido que en los problemas de la humanidad hay una responsabilidad de los católicos, porque no vivimos ni actuamos de forma correcta, de forma que demos respuesta a los que actúan de forma no correcta en los problemas humanos. Es el pecado de los que nos creemos buenos.

los cuidados necesarios y debidos, además del apoyo social a las familias más probadas por la enfermedad de uno de sus miembros, sobre todo si es grave o se prolonga, y creando una nueva cultura donde las familias acojan y promuevan la vida. Ante la vida no podemos ceder a la tentación del egoísmo o a la pasividad de la desesperanza.

Los cristianos somos un pueblo de la vida y para la vida, pero tenemos que demostrarlo. No podemos descuidar la educación sexual de nuestros niños, adolescentes y jóvenes: enseñar a aprender a amar. Hay muchos padres y otros educadores interesados en el tema, y no hay que dejarlo en manos de los que defienden concepciones reduccionistas de la sexualidad humana. Esta tarea constituye un objetivo de nuestra programación pastoral diocesana, como también la creación de un Centro de Orientación Familiar diocesano. Pero vemos mucha pasividad, mucho quejarse y poco hacer, por comodidad o pereza, cuando es asunto tan vital. Todavía seguimos pensando ingenuamente que se acepta en nuestra sociedad una cultura de la vida basada en la ley natural compartida por todos o casi todos. Gentes de la derecha o de la izquierda sociológicas comparten más de lo que parece esas redes de muerte o concepciones sobre la vida inaceptables para un cristiano.

La vida es una realidad maravillosa que no deja de sorprendernos. Cuantos más datos nos proporciona la ciencia, mejor podemos comprender que la vida del hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza de Dios, es un misterio que desborda el ámbito de lo puramente bioquímico. En su constante progreso, la ciencia afirma cada vez con más fuerza que desde la fecundación tenemos una nueva vida humana, original e irrepetible, con una historia y un destino únicos. Como vosotras hacéis, madres gestantes que nos acompañáis, la vida tiene que ser acogida, respetada y amada: «*es compromiso de todos acoger la vida humana como don que se debe respetar, tutelar y promover, mucho más cuando es frágil y necesita atención y cuidados, sea antes del nacimiento, sea en su fase terminal*» (Benedicto XVI, Ángelus del 3-2-2008).

Gracias por lo que hacéis por la vida tantas y tantas personas: madres y padres, educadores, sacerdotes, religiosos y catequistas. Pedimos al Señor que en esta Jornada, contemplando el misterio de la Encarnación, sepamos acoger como la Virgen María el don de la vida, y aprendamos de la Madre del